

### III

## El sarcófago de Castiliscar

A UNOS quince kilómetros al Sur de la famosa villa de Sos, hoy conocida con el nombre de Sos del Rey Católico, en el territorio de Cinco Villas de Aragón (Zaragoza), álzase el pequeño pueblo de Castiliscar, cuyo nombre y cuyas ruinas evocan la memoria de un antiguo castillo de señores feudales y de una población todavía más antigua en la época romana.

Entre las joyas artísticas y arqueológicas que son de admirar en la iglesia y ermitas del mencionado pueblo, descuella sobre todas el magnífico sepulcro de alabastro, completamente vacío, que hoy sirve como de sostén y frontal o *antependium* a uno de los altares laterales de su principal iglesia. Mide el monumento 2,23 metros de largo por 0,74 de altura, y ostenta su cara o lado anterior completamente esculpura en figuras de alto relieve, que denuncian, desde luego, ser la obra un sarcófago cristiano de la primitiva época.

Y así es, en efecto, pues comparando dicho sepulcro con otros similares que guardan los Museos, como el de Letrán, en Roma; el Arqueológico Nacional de Madrid, el de la Real Academia de la Historia, etc., se aprecia en sus relieves una labor artística del promedio o de la segunda mitad del siglo IV, debida a mano cristiana, pro-

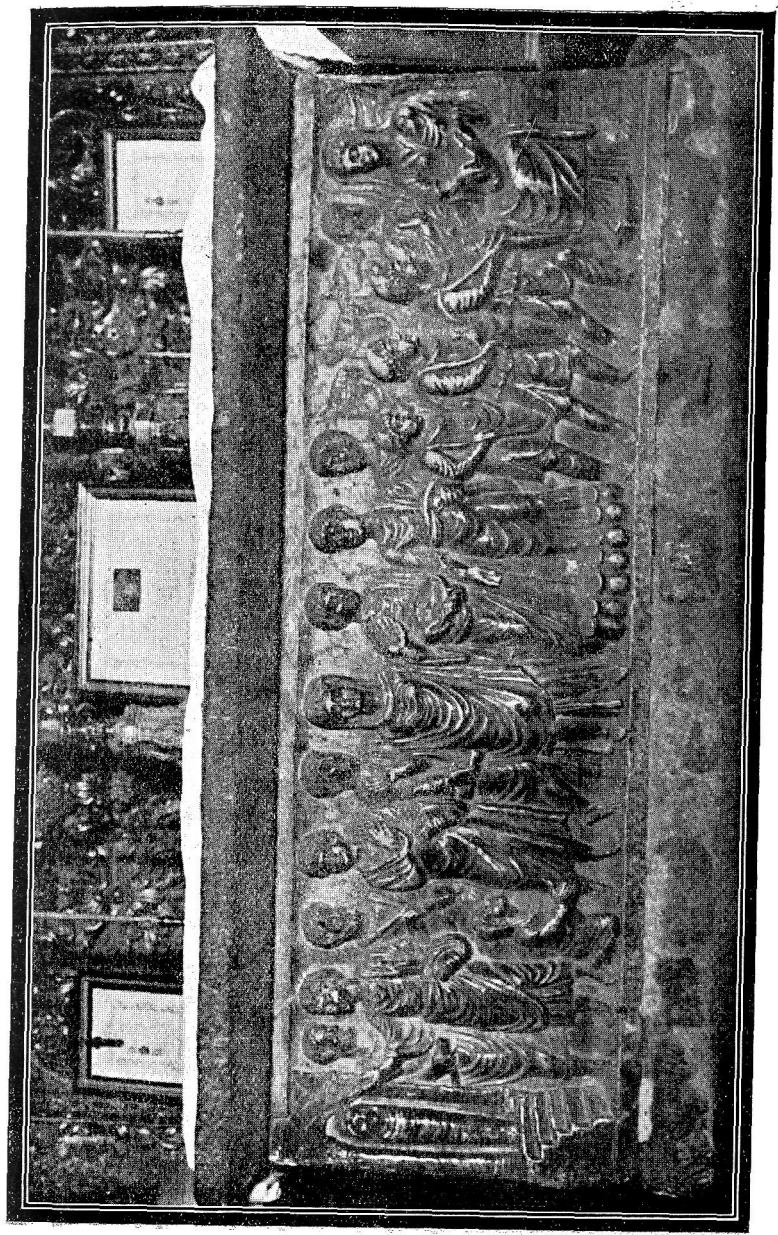
bablemente española. Y como hasta el presente se ha ocultado el referido monumento a las curiosas miradas de los turistas, y apenas si ha sido estudiado por inteligentes arqueólogos (1), he creído un deber el informar de su hallazgo y de su mérito a la Real Academia de la Historia, para que los peritos en el arte se estimulen a examinarlo con detención y otros competentes se muevan a practicar excavaciones que revelen a la luz del día los tesoros que, sin duda, guarda ocultos aquel inexplorado suelo, que tan gallardas pruebas está dando de riqueza arqueológica (2).

No nos es dado precisar la fecha del hallazgo del sarcófago en cuestión, a pesar de todas nuestras indagaciones y pesquisas, ni es fácil que se determine nunca. Sólo consta, por testimonio de los ancianos del pueblo, que ellos oyeron a sus mayores haberse encontrado el monumento debajo de una muga o mojón que señalaba los

---

(1) La primera vez que se ha dado a conocer por la prensa (aunque de palabra se habló de este sarcófago pocos años ha en unas conferencias públicas dadas en Zaragoza por el correspondiente de esta Real Academia don Andrés Jiménez Soler) ha sido en el *Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra*, año 1927, tomo I, págs. 286-289, donde se describe y se interpreta por don José Esteban Uranga. De allí tomó la noticia el presbítero don José Vives en la reseña que hace del monumento en la revista de Barcelona *Analecta Sacra Tarraconensia*, año 1928, págs. 269 y 270; pero resulta algo deficiente su estudio y poco acertado en la interpretación de algunas de sus figuras.

(2) Además de los restos de población romana que se van descubriendo en dicha localidad, son dignos de mencionarse como pertenecientes a su comarca el mausoleo romano de la familia Atilia y las ruinas de unos baños romanos, todo entre Sádaba y Uncastillo, que con Sos, Ejea y Tauste forman el territorio de Cinco Villas.



Sarcófago paleo-cristiano en la iglesia parroquial de Castiliscar (Zaragoza).



límites entre los campos de Sos y de Castiliscar, y que, habiéndose movido cuestión sobre cuál de los dos pueblos se llevaría la pieza (que, por lo visto, ya la reconocieron de mérito nada común), determinaron por mutuo acuerdo que fuese de aquel adonde la arrastrase la yunta de mulas que prepararían al efecto. Ataron dos yuntas en lados opuestos del sarcófago, una por cada pueblo, y triunfó la de Castiliscar sobre la otra. Llevado el monumento a la iglesia parroquial, utilizóse como sostén de uno de sus altares; pero, sin que podamos adivinar el motivo que tuvieron para ocultarlo de la vista del público los encargados de la iglesia, el hecho fué que lo vistieron con fuerte y doblada harpillera y colocaron ante él un frontal ordinario, cayendo de esta suerte en olvido la preciosa joya. Así la encontró hace treinta y cinco años el actual médico forense de Sos don Emiliano Ladrero, sin pensar que tal cosa podría allí ocultarse, y conociendo su verdadero mérito logró que se limpiara y se exhibiera al público en la forma en que ahora pueden todos contemplarla y revela con fidelidad la adjunta fotografía.

Tampoco nos es posible fijar el sitio preciso en que se realizó el hallazgo; pero siguiendo el parecer de los vecinos más sensatos del pueblo, todas las probabilidades coinciden con el lugar de la ermita de San Román, situada a unos cuatro kilómetros al Oeste de la población, donde con frecuencia se hallan restos de civilización romana y donde se alzaba en otro tiempo un castillo feudal con el nombre de "Castrum Siscari" o "Castell-Sischar", del cual fué capilla u oratorio la mencionada ermita, según se cuenta. La existencia del tal castillo desde principios del siglo XII consta por la carta-puebla de Castiliscar, fechada en 1171, como lo atestiguan documentos

conservados en el Archivo Histórico Nacional, donde pueden estudiarse.

Y ocurre preguntar ahora: ¿debe considerarse el monumento paleo-cristiano de Castiliscar como propio de la localidad misma donde se encontró y de donde fué exhumado, o más bien se ha de tener como artículo de importación, debido a la curiosidad o devoción de algún caballero o al destino que tal vez le diera algún personaje de allí para su propia sepultura, después de haber servido para lo mismo en otro lugar remoto? El motivo de dudar estriba en la absoluta carencia de noticias respecto de la población antigua cristiana que pudo haber en aquel sitio, y además en las vicisitudes de dominio por las cuales hubo de pasar el pueblo y su castillo, parando al fin en ser una encomienda de los Caballeros de San Juan de Jerusalén o Malta. Y no sería muy aventurado suponer un traslado semejante al que más de una vez ha ocurrido en la Historia: testigos el sepulcro del "Conde Santo", en Villanueva de Lorenzana (Lugo), personaje del siglo x que fué enterrado allí aprovechando un sarcófago primitivo, y el de la iglesia principal de Covarrubias (Burgos), también primitivo y de procedencia pagana, en el cual se depositaron los restos del primer conde independiente de Castilla, Fernán González.

La cuestión ha de resolverse, a lo que entiendo, en sentido favorable a la propiedad de origen respecto de Castiliscar, toda vez que no ha sufrido el pueblo trastornos de tal magnitud que lo hayan convertido en ruinas, para que pudiera quedar sepultado en ellas el sarcófago, y si la existencia de éste en el pueblo datara sólo desde la fundación del mismo o del castillo, se hubiera conservado siempre en alguna de sus iglesias o ermitas,

como se conservan todavía efigies de la misma época en una de ellas, contemporánea de la fundación. De donde puede inferirse que el sarcófago paleo-cristiano existía en aquel suelo con anterioridad a toda población de la Edad Media, y que, por lo mismo, debió pertenecer a un pueblo o cementerio cristiano indígena, anterior a la invasión de los bárbaros. Las excavaciones que se practicaran en aquel sitio nos sacarían de incertidumbres, y habrían de ser muy beneficiosas para la Historia y para los Museos arqueológicos.

En cuanto al mérito artístico y arqueológico de la obra que estudiamos, basta pasar la vista por el adjunto fotograbado, aun con sus imperfecciones y todo, para convencerse de que muy bien pueden sufrir comparación con ella los mejores relieves de su época en España, y, por añadidura, ofrece nuestro sarcófago algunos preciosos detalles de representación que no se hallan en otro alguno de los conocidos. Veamos ahora de interpretar las 18 figuras humanas que, además de tres siluetas de cabalgaduras, nos presentan los hermosos relieves del sarcófago.

La composición artística del conjunto distribúyese en cinco escenas diferentes, como lo revelan sin equívocos los rostros de las figuras a poco que se examine la dirección de sus miradas. Son estos episodios, a partir de la izquierda: la resurrección de Lázaro, la curación de la Hemorroísa, la Orante o el alma del difunto, las Bodas de Caná y la adoración de los Magos al Niño Jesús, anunciada a la vez por un profeta.

La resurrección de Lázaro viene representada en una forma que podríamos llamar clásica de aquella época. Un edículo formado por dos columnas con su

arquitrabe, y al cual se sube por una escalerilla de cinco gradas, cobija al difunto, que tiene el aspecto de una momia en pie; ante él preséntase la figura de Jesucristo imberbe y vestido de túnica y *pallium*, empuñando un rollo con su mano izquierda y una varilla con su derecha, en actitud de tocar con ella el monumento funerario para resucitar al muerto. Al lado del Salvador hay otra figura varonil con un rollo en la mano y en ademán de hablar con Jesucristo, representando, sin duda, al apóstol San Pedro o a los acompañantes del Señor y testigos del milagro.

Contribuyen al segundo episodio las tres figuras siguientes, a saber: la de Jesucristo, como en el precedente grupo, terciándose la capa con la mano derecha y empuñando un rollo con la izquierda; la de un apóstol, que asiste al Salvador y presencia el milagro, y la de la enferma, postrada a los pies del Señor y tocando el ruedo de su vestidura para obtener la milagrosa curación que esperaba.

El tercer grupo se compone sólo de dos figuras: la Orante, en forma de matrona romana, puesta de frente y cubierta con *pala* o manto desde la cabeza sobre la túnica o *stola*, y un apóstol, algo detrás de ella, como si hiciese la presentación de la misma; lo cual puede significar el alma del difunto presentada por San Pedro en la gloria del cielo, o tal vez la Iglesia, sostenida por el príncipe de los Apóstoles. No siempre es dable fijar la significación de estas figuras orantes, que no suelen faltar en los sarcófagos esculpturados.

En la cuarta escena intervienen tres personajes: el Salvador, con el mismo aspecto que en las dos primeras, sosteniendo una vuelta del *pallium* o lacerna con su



mano izquierda y señalando con la derecha mediante un pequeño rollo las siete hidrias o vasijas que se hallan a sus pies, y los dos varones que figuran a la derecha e izquierda del Salvador, representando los comensales, testigos del prodigio de la conversión del agua en vino; mas para designar que se trata de un convite, lleva el primero de éstos un plato con un pez o una vianda. No es creíble que por esta figura pretendiera el artista aludir al milagro de la multiplicación de los panes y peces, como lo entienden los dos articulistas que hasta el presente han querido interpretar las figuras de este sarcófago, y mucho menos que sólo se represente aquí la milagrosa multiplicación mencionada y que las siete hidrias sean equivocadamente siete canastos. Lo insólito e impropio de semejante interpretación salta a la vista de quien observe la ausencia total de panes en estas figuras (siendo así que nunca se omiten cuando se trata de recordar dicho milagro), la arbitraria sospecha de que las tinajas hayan de ser cestos, y la inconveniencia de suponer platos en un desierto, donde se verificó el prodigio. No puede caber duda alguna sobre la atribución que hemos dado al personaje del plato, como tampoco sobre la existencia de las siete hidrias, las cuales, por cierta alusión a los siete Sacramentos o por simbolismo místico pónense en este número y no en el de seis (como debía ser, según la verdad histórica), siguiendo el uso bastante común en monumentos cristianos de los primeros siglos. En número de siete figuran estas hidrias en la famosa puerta de la basílica de Santa Sabina de Roma, del siglo v, donde se representa este milagro, y lo mismo en una serie de fondos de vasijas vítreas usadas en los ágapes, como es

de ver en la conocida obra de Garruci (*Vetri ornati di figure in oro*, Roma, 1858), mientras que en diferentes pinturas y relieves de su época se dibujan sólo cinco o tres ánforas, y aun una sola.

Las demás figuras del sarcófago refiérense al episodio de la adoración de los Magos, como desde luego se descubre sin esfuerzo alguno. Representátese a la Virgen Madre como una matrona sentada en un trono con escabel y cubierta con túnica y manto, que le baja desde la cabeza, teniendo en su brazo izquierdo el Niño Dios envuelto en pañales. Ante ella se van acercando tres personajes, ofreciendo sus dones con ambas manos, que visten calzas, dalmática y clámide, representando así su procedencia extranjera, y detrás de ellos divísanse las cabezas de tres cabalgaduras, que parecen ser caballos, y no camellos, figuras muy propias, aunque inusitadas en la representación antigua del mismo episodio, y que para hacerlas visibles el artista ha tenido que disminuir el tamaño de los tres adoradores. Entre el primero de éstos y la Virgen, un poco detrás de ambos, aparece un respetable varón en actitud de hablar con la Señora, como lo indica su mano derecha, levantada, el cual lleva también un rollo de pergamino en su izquierda, como un doctor, circunstancias todas que no pueden compaginarse con la significación que le atribuye el primero de los articulistas arriba citados, al suponer en el tal personaje un criado, conductor de las cabalgaduras. Tampoco es admisible la suposición del otro publicista que allí ve representada la Persona del Espíritu Santo, pues además de carecer para ello de todo fundamento, es de notar que nunca se representa al Divino Espíritu en figura humana separadamente de

las otras dos Personas, por más que así lo creyera ver el padre Marchi en un sarcófago de Roma. La verdadera y única interpretación que cabe dar a la actitud y al simbolismo del rollo de pergamino que se observa en el discutido personaje es que se trata de un profeta en actitud de anunciar a María el misterio de la encarnación y el de la misma adoración de los Magos, y este profeta no puede ser otro que Isaías. Ni son nuevas o insólitas en el arte paleo-cristiano esta singular interpretación y semejante compenetración de asuntos, pues ya en la más antigua imagen de María descubierta en Roma (Catacumbas de Priscila) se reconoce a dicho profeta en el personaje que figura ante ella como anunciando un misterio, y más, para nuestro caso, en un relieve marmóreo del siglo IV que se guarda en el Museo Lavigerie de Cartago y que se descubrió en sus inmediaciones, en el cual se representa la escena de la adoración de los Magos y aparecen detrás del trono de la Virgen Madre dos profetas con la mano extendida, que, según los críticos, no pueden ser sino Isaías y Miqueas, anunciadores de estos misterios. Ninguno de los concienzudos arqueólogos que estudian estas obras antiguas en que se representa la adoración de los Magos llega a suponer que alguno de dichos personajes represente a San José, ya porque no lo menciona el evangelista San Mateo al describirnos la memorable escena, ya porque la actitud de las figuras no puede acomodarse al oficio y posición que corresponden al Santo Patriarca, a lo cual debe añadirse la significación del rollo de pergamino que en nuestro sarcófago se coloca en manos del personaje misterioso y que sólo puede

convenir a un profeta o a un apóstol, fuera de Jesucristo.

De todo lo expuesto se infiere, en conclusión, la grande importancia arqueológica del sarcófago de Castiliscar, sobre todo por la singular expresión que nos ofrece de algunos episodios evangélicos, y la gran conveniencia de practicar en el sitio de su hallazgo excavaciones bien dirigidas, que seguramente serían coronadas con feliz éxito en pro de la Arqueología y de la Historia españolas.

FRANCISCO NAVAL,  
*correspondiente.*

*Madrid y enero de 1929.*